

*Este libro es para mis hijas.
En el futuro, cuando leáis los libros en
lugar de morderlos, espero que os sintáis
orgullosas.*



«Nada graba tan fijamente una cosa en nuestra memoria como el deseo de olvidarla».

MICHEL DE MONTAIGNE



Viernes

14/10 (jueves)

Conjunto:

Vaqueros rectos.

Túnica azul marino, la de florecitas (no estaba sucia: la devuelvo al armario).

Bailarinas rojas, de las que hacen salir ampollas.

Instituto:

Llevar libro de inglés.

Hacer que mamá firme el permiso para historia.

Mañana examen de español (no está en el programa).

*Repasar los deberes de historia mañana por la mañana...
estoy demasiado cansada...*

Notas:

He comido toneladas de carbohidratos (¡mamá ha comprado helado de menta con trocitos de chocolate!). ¡HACER EJERCICIO!

He encargado las medias para Halloween.

1

No se supone que los viernes tienen que ser buenos?
Este ha empezado mal.

La nota en la mesilla de noche no me ha dicho nada útil. Se me cerraban los párpados, mis vaqueros favoritos estaban en el cesto de la ropa sucia y no había leche en la nevera.

Lo peor de todo: el móvil no funcionaba, el de color rojo piruleta que tendré hasta que se me caiga por la boca de una alcantarilla, el que tiene el calendario y los avisos y básicamente es una versión socialmente aceptable y portátil de ese osito de peluche que cuando eras pequeña te hacía sentir a salvo.

—Todo irá bien —ha dicho mi madre esta mañana cuando me llevaba en coche al instituto.

—¿Cómo lo sabes? —he preguntado—. Hoy quizá tenga un examen de matemáticas importantísimo. Puede haber una asamblea escolar que ni sabré que existe.

—Solamente es un día, London. Por un día, te las apañarás sin tu teléfono.

—Para ti es fácil decirlo —he murmurado, mirando por la ventana.

Ahora, justo ahora y aquí mismo, tengo la prueba de que mi madre estaba equivocada. No me las apaño sin mi teléfono ni un día.

Hoy es el día que necesitaba una camiseta nueva para la clase de gimnasia. Si mi teléfono no hubiera estado fuera de combate, el teléfono que mi madre y yo programamos juntas a principio de curso con pequeños recordatorios importantes como este, me habría dado las instrucciones necesarias, con sus letras diminutas, para que trajera una camiseta a educación física.

Por tanto, hoy es el día que estoy como un pasmarote en pantalones cortos de gimnasia y mi jersey de invierno, sin saber qué hacer.

No puedo ponerme un jersey para jugar al baloncesto (que es lo que nos toca hoy, según la pizarra que hay junto a la puerta del vestuario), así que le pido a Page si le sobra una parte de arriba.

Aunque nunca seremos amigas de verdad, me responde con un entusiasmo exagerado:

—Claro, London, aquí tienes. Otra vez has olvidado la camiseta limpia, ¿eh?

¿Otra vez?

Tomo nota mentalmente para escribirme después una nota de verdad, mientras me pregunto por qué la nota de hoy no mencionaba traer una camiseta de gimnasia.

Page interrumpe el hilo de mis pensamientos. Sonríe y me da una camiseta enorme de color amarillo chillón con

un dibujo de un gato radiante que dice: «¡que tengas un día perrrfecto!».

—Gracias, Page —me quejo mientras cojo la camiseta y me la pongo rápidamente.

Casi me tapa los pantalones cortos —¡cortos!— que ya llevo puestos. No tengo ni idea de por qué en mi taquilla había unos pantalones cortos en lugar de cualquier otra pieza de ropa deportiva que abrigara más, fuera más mona y me tapara el trasero.

Nota personal: debo añadir también *llevar pantalones* a la nota personal.

Siento como si Page me estuviera observando. La miro y, sí, me está observando. Intercambiamos un gesto de cortesía antes de que tire la ropa que llevaba puesta al interior de la taquilla, la cierre de un portazo y me dirija hacia el gimnasio.

Mientras camino, hay dos cosas que me rondan por la cabeza. Primera, me pregunto si la señorita Martínez me dejará ir a la enfermería a buscar una tirita para la ampolla que tengo en el talón, porque me roza con la zapatilla de deporte a cada paso que doy y me duele. Y segunda, tengo que agradecer a mi buena estrella que solo las otras doce infelices que tienen clase de gimnasia a primera hora me verán con este conjunto tan espantoso.

Desgraciadamente, la señorita Martínez no tiene compasión.

—No —dice cuando le pregunto si puedo ir a la enfermería antes de que empiece el partido.

—¿No? —pregunto incrédula.

—No —dice otra vez, y sus ojos negros me desafían a discutirlo. Tiene el silbato preparado para dar la señal de empezar.

No soy tonta, así que no insisto. En cambio, vuelvo cojeando al banquillo, me uno a mis compañeras de equipo y me prometo a mí misma que jugaré ignorando el dolor.

Entonces, a la mitad de lo que asumo es el partido de baloncesto en el que se han marcado menos puntos en la historia de los deportes de instituto, un ruido retumba haciendo eco por todo el gimnasio, e inmediatamente se me erizan los pelos de los brazos, se me colapsan los tímpanos y me rechinan los dientes.

Por un momento, no sé qué pasa.

La señorita Martínez agita los brazos y señala la salida, y mis compañeras de clase empiezan a caminar perezosamente hacia la puerta de entrada.

Entonces lo entiendo.

Es un simulacro de incendio.

Nosotros, los estudiantes del Meridian High School, tenemos que salir del edificio. Los 956 al completo. Y yo, London Lane, llevo puesta una camiseta de color amarillo chillón con un gato que dice «¡Que tengas un día perrrrfecto!» y unos pantalones cortos cortísimos para el deleite de todos los estudiantes.

Sí, realmente este es un buen viernes.

2

El gimnasio está cerca de una salida, así que somos de los primeros en llegar a salvo al aparcamiento de los profesores. Rodeados por la extraña variedad de vehículos, de un coche familiar por aquí a un Porsche rojo cereza por allá, veo a los apáticos estudiantes salir paseando del bloque de cemento que es nuestro instituto, como si fueran insensibles al fuego.

No creo que haya un incendio.

Supongo que algún imbécil ha disparado la alarma para hacerse el gracioso, sin prever que él o ella se vería forzado a quedarse plantado en pleno frío durante una hora mientras espera a que lleguen los camiones de bomberos y a que estos evacuen el edificio y finalmente hagan que se detenga el chirriante sonido de la alarma.

Hace viento, y creo que veo copos de nieve. Con cada ráfaga, me acurruco cada vez más, como si fuera una bola, para intentar mantener el calor.

No funciona.

Deshago de un tirón el moño revuelto que llevo en la

nuca, con la esperanza de que el pelo me haga de bufanda. Inmediatamente, el viento hace que mis rizos de color caoba brillante emprendan el vuelo, me cieguen la vista y a la vez me den latigazos en la cara una y otra vez.

Mientras las manadas de estudiantes se van agrupando, oigo susurros y risitas, probablemente acerca de mi conjunto.

Podría jurar que oigo el clic de la cámara de un teléfono, pero para cuando puedo ver algo por entre mi melena salvaje, el fotógrafo ha escondido la evidencia. De todas maneras, el rastro de las risitas provenientes del círculo apretado de animadoras me pone nerviosa.

Clavo los ojos en sus espaldas hasta que Alex Morgan gira de repente su mata de cabello negro brillante hacia mí y me mira directamente a los ojos. Tiene el aspecto de haberse tomado el tiempo necesario para aplicarse una capa extra de delineador de ojos negro azabache antes de salir del edificio.

Cuestión de prioridades.

Alex me sonrío con desdén, se vuelve hacia el grupo, y de él emergen más risitas.

En este momento, desearía que mi mejor amiga Jamie estuviera conmigo. La chica tiene sus defectos, pero nunca se dejaría intimidar por el desdén de una animadora.

Sola, con las piernas al descubierto y una camiseta perrrfecta, oigo trozos de conversaciones aquí y allá sobre planes para el fin de semana: «el examen que nos perdemos en este momento», y «simplemente nos las piramos y vamos a Reggie's a desayunar, aprovechando que ya estamos aquí fue-

ra». Me abrazo el torso con los brazos todavía con más fuerza, en parte para protegerme del tiempo, y en parte para ocultar el gato.

—Bonita camiseta —dice una voz suave y masculina, con un ligero toque de guasa.

Usando la mano izquierda como coiletero improvisado, agarro todo el pelo que puedo y me doy la vuelta en dirección a la voz.

Y entonces el tiempo se detiene.

Veo la sonrisa primero. La burla rezuma un tono inequívoco de dulzura. Mi armadura empieza a desmoronarse antes de que mi mirada haya llegado a la altura de sus ojos; lo que queda de ella se funde en cuanto los veo. Brillantes, azul claro como el aciano con algunas manchas oscuras, rodeados de unas pestañas que cualquier chica envidiaría.

Me están mirando.

Directamente a mí.

Sus ojos sonríen incluso más que la boca.

Si hubiera alguna cosa cerca de mí —un mueble, incluso una persona que no me fuera hostil—, podría estirar un brazo y aferrarme, porque en su presencia siento que pierdo el equilibrio. En el buen sentido de la expresión.

Guau.

Y entonces todo desaparece. La camiseta, el teléfono, el baloncesto, Alex Morgan.

No hay nada excepto el chico que tengo delante.

Tiene una pinta que encajaría perfectamente en Hollywood o en el cielo. Podría mirarlo todo el día.

—Gracias —digo después de quién sabe cuánto. Me obli-

go a parpadear. Su cara me resulta algo familiar, pero solo en la medida que yo quiero.

Espera un momento... ¿me acuerdo de él?

Por favor, ay, por favor, por favor que lo recuerde...

Repaso años y años de caras en el álbum de mi cerebro. Esta cara no aparece en ningún lado.

Por una fracción de segundo, esto me hace sentir triste.

Luego se antepone mi lado optimista. Probablemente estoy equivocada. Tiene que andar por ahí en algún lugar.

¿Dónde estábamos? Uy, el conjunto...

—Intento lanzar una nueva moda —bromeo.

Cambio de posición para que el viento me aparte el pelo de los ojos; me fuerzo a prestar atención a alguna otra cosa que no sean los suyos.

—Me gustan tus zapatillas —añado.

—Ah, gracias —dice él incómodo mientras también baja la mirada a sus Converse All Stars de color marrón chocolate. Sin nada más que decir sobre zapatillas, abre la cremallera de la sudadera marrón claro con capucha y se la quita.

Antes de que sepa lo que ocurre, me la pone alrededor de los hombros y es como si estuviera protegida del mundo, no solo de los elementos. El interior de forro polar conserva el calor de su cuerpo y desprende un ligero olor a jabón y a suavizante y... a chico. A un tipo perfecto de chico.

Para ser un extraño, está demasiado cerca de mí, y ahora solo lleva su camiseta. Parece antigua. Nunca había oído hablar de ese grupo.

—Gracias —digo de nuevo, como si fuera una de las diez únicas palabras que conozco—. Pero ¿no tienes frío?

Se ríe, como si esa fuera la pregunta más absurda del mundo, y simplemente dice:

—No.

¿Es que los chicos no tienen frío?

—De acuerdo. Bueno, gracias —digo por enésima vez en dos segundos.

Pero ¿qué problema tengo con esta palabra?

—No pasa nada, de verdad —dice él—. He pensado que te iría bien ponértela. Te estás quedando azul —añade mientras señala mis piernas con la cabeza—. Por cierto, me llamo Luke.

—London —es todo lo que soy capaz de decir.

—Que nombre más guapo —dice con una sonrisa fácil. Alcanzo a ver un indicio de hoyuelo en una de sus mejillas—. Memorable —añade—. Muy gracioso, creo.

Un chillido me arranca del trance que me ha inducido Luke.

—London, pero ¿QUÉ llevas puesto? —Jamie Connor chilla tan fuerte que al menos cinco personas interrumpen su conversación y se vuelven hacia nosotros—. Por favor, dime que por lo menos llevas bragas.

Retiro el deseo de que apareciese Jamie. Ahora ya puede irse.

—Chis, Jamie, que la gente nos está mirando —digo, y tiro de ella hacia mí para intentar que se calle. Puedo oler el perfume que mi mejor amiga llevará el resto de su vida.

—Perdona —dice ella—, pero eres un poco desastre —añade con una risita breve.

La miro con el ceño fruncido.

—¿Una mala mañana? —pregunta mientras me coge del brazo.

—Sí —respondo en voz baja, aún muy consciente de que Luke está cerca—. He olvidado la camiseta de gimnasia. Otra vez.

Jamie me da un empujón compasivo en el hombro antes de cambiar de tema.

—No quiero ni preguntar quién te ha prestado esta. ¿Has visto a Anthony por aquí fuera? —pregunta mientras busca entre la multitud. Pero entonces su interés en Anthony se para en seco cuando ve a Luke. Mi Luke.

—Eh —le dice.

—Eh —responde él.

Se niega a mirar a Jamie directamente, y esto quizá me gusta un poco.

—¿Quién eres? —pregunta ella, con la cabeza ladeada como una gata curiosa.

—Luke Henry —dice finalmente, fijándose en ella durante un instante—. Es mi primer día en Meridian.

Desvía la mirada de nuevo y busca entre la multitud, como si se hubiera cansado de estar donde está. Me doy cuenta de que mantiene la cabeza baja, como si no quisiera llamar la atención.

Jamie no está acostumbrada a que los chicos desvíen la mirada, y, francamente, con la minifalda y el top ajustado que lleva, me sorprende la apatía de Luke. Cambia el peso al otro pie, saca la cadera hacia fuera y continúa.

—¿En qué curso estás? —pregunta Jamie.

—Penúltimo —responde Luke.

—Genial. Nosotras también —dice. Pienso que ya habrá terminado con las preguntas, pero no tengo esa suerte—. Oye, ¿por qué empiezas en viernes?

Luke mira a Jamie, luego sus ojos se encuentran con los míos, y ahí está otra vez.

Ha vuelto.

—No tenía nada mejor que hacer hoy —dice simplemente—. Ya estaba todo desempaquetado. ¿Por qué no?

—Ya veo... ¿Y de dónde vienes?

¡Que pare ya!

—Acabo de mudarme de Boston.

—No tienes acento —señala Jamie.

—No nací allí.

—Te pillé —dice Jamie mientras se aparta el pelo rubio de los ojos. Es uno de los gestos que la caracterizan, uno que también hará en la universidad e incluso después, y, sea mi mejor amiga o no, tengo las uñas preparadas.

Obviamente, he adoptado una postura más rígida, porque Jamie se echa un poco hacia atrás para examinarme la cara. Mira a Luke, y luego a mí de nuevo.

—Humm —murmura, y me aterroriza pensar que va a decir lo que es obvio, pero en lugar de eso continúa con el tercer grado—: Bueno, dónde estabas antes de Boston...

Una calma silenciosa interrumpe de repente a Jamie. La alarma está controlada. El director Flowers coge su megáfono y nos dirige de vuelta adentro como si fuéramos un rebaño, en un tono que demuestra que odia cada minuto del día que pasa en nuestra presencia.

Jamie y yo nos miramos la una a la otra, y entonces nos

echamos a reír del vozarrón que sale del diminuto director Flowers. Al menos eso es de lo que yo me río.

Cuando nos recuperamos, miro hacia atrás a Luke. Bueno, quiero mirar hacia atrás a Luke.

Pero ya se ha ido.

Busco en el grupo furiosamente, pero todo lo que resalta en el mar de colores monótonos es el rojo vivo, blanco y negro de los jerséis de las animadoras. Definitivamente, no es lo que busco. Siento como si empezara a tener un ataque de pánico, como cuando pierdes algo que realmente te gusta, como un reloj, o un bolígrafo, o tus vaqueros favoritos.

Nos movemos, Jamie y yo, cogidas del brazo. De hecho, estoy segura que ese es el motivo por el cual me muevo: porque Jamie me arrastra hacia adelante.

Finalmente lo veo.

Al atisbar la camiseta de Luke que se abre camino hacia el edificio, noto como si mis entrañas dieran volteretas. Camina despacio y con la cabeza baja, pero con intención, y transmite una serenidad intocable. Estoy encantada de haberlo visto, pero a continuación me siento decepcionada.

¿Cómo puede irse de esa manera?

Hemos sentido algo, ¿verdad?

Hemos tenido un momento especial, él me ha prestado su sudadera y se ha ido. Y ahora se va andando de vuelta a clase como si no hubiera pasado nada. Como si nunca hubiera conocido a una pelirroja interesante aunque un poco bajita.

Hemos tenido nuestro momento, y ahora Luke Henry de Boston ya lo ha superado, y yo me agarro al brazo de

mi mejor amiga con tanta fuerza al verlo de espaldas que la mencionada mejor amiga me lanza una mirada y suelta el brazo.

De repente, la mañana vuelve a decaer y yo me siento con menos ánimos que cuando he descubierto que mi móvil estaba fuera de combate. Es curioso como la posibilidad te puede levantar los ánimos. Es curioso como la realidad te puede hundir.

Miro a la espalda de Luke desde seis metros de distancia mientras anda a grandes zancadas por el pasillo de educación física, pasa los vestuarios y las clases educación vial y de entrenamiento del Cuerpo de Oficiales de Reserva y sigue hacia las zonas comunes. Es como si no hubiera pasado nada. Nada de nada. Y ¿quién sabe? Quizá no haya pasado nada.

Pero mientras veo cómo Luke Henry da la vuelta a la esquina y se escabulle de mi vista, hay una cosa que sí sé a ciencia cierta. Una cosa que me da un trocito de un fragmento de un átomo de esperanza de que nos encontraremos de nuevo.

Todavía llevo puesta su sudadera.

—¿Has tenido un buen día? —pregunta mi madre cuando me monto en el Prius.

—No ha estado mal —digo, y enciendo la radio.

—Parece que has sobrevivido sin el móvil. ¿Ha pasado algo interesante? —Sale del aparcamiento del instituto y gira en dirección a casa.

Me encojo de hombros y digo:

—Hoy ha empezado un chico nuevo.

Mi madre mira en mi dirección y luego hacia adelante. Noto que intenta no sonreír, pero sus esfuerzos son infructuosos.

—¿Un chico mono? —pregunta. No puedo evitar sonreír yo también.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Luke.

—¿Has hablado con él?

—Un poco. Hemos tenido un simulacro de incendio y hemos terminado uno cerca del otro. Es un tío enrollado.

Mi madre se queda callada un momento, probablemente detecta que voy a poner fin a la conversación. Pero entonces, fisgona como será siempre, no puede resistir la tentación de hacerme una pregunta más.

—¿Salía en tus notas esta mañana? —me pregunta como por casualidad. Me planteo cambiar de tema o subir el volumen de la radio aún más, pero como ella es una de las dos personas con las que puedo hablar de la afección que padezco, me doy la vuelta en el asiento para mirarla y respondo.

—¡Eso es lo que es más raro! —contesto.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta emocionada.

—Bueno, no estaba en mis notas esta mañana, pero he tenido toda una conversación con él y eso —digo—. Ha sido extrañísimo.

—Quizá solo se te ha olvidado mencionarlo —ofrece mi madre.

Estamos entrando ya en el complejo. Sacudo la cabeza en señal de negación.

—Quizá —digo sin querer hablar más de él. En realidad, sé que es imposible que me haya olvidado mencionar a Luke Henry.

Estamos casi en casa cuando el móvil de mi madre suena en la guantera del coche.

—Perdona, cariño, tengo que cogerlo.

—No pasa nada —digo, feliz de que me deje sola para soñar despierta.

En mitad de la noche, bolígrafo en mano, se me escapa todo rastro de esperanza. La sudadera de Luke está con la ropa sucia, pero su cara casi se me ha borrado de la mente. He intentado relacionarlo con mis recuerdos del futuro durante tres horas. Me he interrogado a mí misma: ¿Vamos juntos a alguna clase? ¿Saldremos juntos? ¿Seremos amigos durante años?

Pero con el reloj en plena cuenta atrás, hacia las 4:33 de la mañana —el momento en que mi mente se reinicia y se me borra la memoria— tengo que admitir que no encuentro a Luke Henry por ninguna parte.

No está en mi memoria, lo que significa que no está en mi futuro.

Cuando finalmente lo acepto, la verdad escuece. Pero no hay tiempo para pensar en ello, y solo quedan dos alternativas: puedo dejarme una nota a mí misma sobre alguien que no es parte de mi vida, o puedo dejarlo fuera de mis

recuerdos para ahorrarme tener que volver a pasar por todo esto mañana.

Siendo tan tarde, con la mente a unos pocos minutos del *reinicio*, no parece que tenga alternativa. Aprieto los dientes y cojo el bolígrafo y hago lo que tengo que hacer.

Me miento a mí misma.

3

La casa está tranquila, aún es temprano.

Miro con atención la habitación y trato de identificar las diferencias entre dos imágenes casi idénticas: la que recuerdo de mañana y la escena que tengo ahora frente a mí.

En el escritorio hay un tazón vacío sobre un posavasos, con una bolsita de té usada atada alrededor del asa. Hay una sudadera que cuelga del borde del cesto de la ropa sucia como si quisiera intentar salir. Mañana, el tazón ya no estará. Habrá libros de texto en el escritorio; el cesto de la ropa sucia estará vacío.

Tengo una nota que me explica lo que me he perdido. Bueno, al menos lo más destacado.

17/10 (domingo)

Conjunto:

Sudadera de chico supersuave (la nota del viernes decía que la he sacado de la pila de reciclaje del instituto).

Mallas negras.
Botas de montaña.

Instituto:

Llevar tiritas para la ampolla casi curada.
Llevar pantalones de yoga, camiseta para gimnasia (tuve que pedirle a Page una prestada, feísima, el viernes).
MÓVIL (mamá lo tiene en el coche).

Otros asuntos:

J estaba en L.A. con su padre este fin de semana.
Evitar a Page esta semana.
Médico esta mañana (tropecé el viernes en educación física).

Dejo la nota a un lado y leo otros mensajes parecidos de la semana pasada, prestando especial atención a los comentarios del viernes sobre ropa y cosas del instituto. Entonces, sintiéndome aún como si me adentrara en el mundo parcialmente ciega, salto de la cama y empiezo el día.

De camino a la consulta del médico, mi madre toma Hudson Avenue, que corta a través del cementerio municipal. En el cruce de Hudson y Washington, nos quedamos paradas en el semáforo.

—Vamos a llegar tarde —murmura mi madre en voz baja. Golpea el volante con las manos, y me pregunto si se perderá una reunión por acompañarme.

Reclino la cabeza hacia el lado derecho y miro las tumbas. Están en formación, líneas que salen rectas desde donde estoy y se curvan un poco en la distancia.

El semáforo se pone verde y, mientras el coche coge velocidad, un movimiento me llama la atención. Dos personas, un hombre y un niño, se paran delante de una lápida. En mi cerebro racional, sé que visitan a un ser querido que han perdido. Nada que dé miedo. Pero hay algo en los que sufren que hace que se me queden los hombros tensos y sienta una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Me estremezco en el asiento; mi madre no se da cuenta.

—¿Te acuerdas de lo que dirás cuando el médico te pregunte qué ha pasado? —pregunta mi madre, interrumpiendo mis pensamientos. Ya entramos en el aparcamiento.

—Sí —respondo, agradecida por la distracción—. Tropecé con una pelota en la clase de gimnasia.

—Bien —dice ella antes de salir del coche.

Yo hago lo mismo. Pasamos rápido por el aparcamiento y el vestíbulo, y luego subimos dos pisos en el ascensor en silencio. Durante todo este tiempo, tengo la mente aún en el cementerio.

